

El Hablaganados 576: Ensíllese para echarle el lazo a la esperanza

[\[previo\]](#) [\[próximo\]](#) [\[versión impresor\]](#) [\[inscripción\]](#)

Por Kris Ringwall, Especialista de ganado Servicio de Extensión de NDSU
Traducción por Dr. Michael Cartmill, Dickinson State University

El vivir es amplio y duro. Si hay duda, sencillamente mire a las muchas manos callosas que nos rodean. Ellas reflejan, tal como nuestros otros atributos, los muchos golpes y penas que podemos reclamar en cualquier día. Lo llamamos vivir.

Hay veces en este mundo cuando todos nosotros necesitamos parar, respirar profundamente y reflexionar. La semana pasada, dos de esas veces, el 11 de septiembre de 2001, y 11 de septiembre 2011, se recordaron. Nuestra actividad cotidiana necesitaba pararse mientras recordamos esas fechas.

Sí, el sol subió y el sol salió. Nuestras vidas continuaron y nuestras muchas actividades diarias eran muy probablemente cumplidas, pero las cosas son diferentes. El vivir es amplio y duro. Si hay duda, sencillamente mire a las muchas manos callosas que nos rodean. Ellas reflejan, tal como nuestros otros atributos, los muchos golpes y penas que podemos reclamar en cualquier día. Lo llamamos vivir.

Sin embargo, no era nada igual a las noticias del 11 de septiembre de 2001. Nos acordaron demasiado bien de lo frágil que es la vida. El 11 de septiembre, todos nuestros corazones sintieron pena por nuestros vecinos al este mientras individualmente y colectivamente nos apiñamos para escuchar las últimas noticias sobre el *World Trade Center*, el Pentágono y el Vuelo 93.

Nuestras prioridades cambiaron por ese día, además de las semanas, meses y años que siguieron. Al principio, nuestro paso perdió su ritmo y las conversaciones unas palabras menos. Tal vez una mirada es sólo lo que se necesitaba. Los niños se sentaron más pegados y sus ojos estaban vacíos, casi con miedo.

Quisiera recordar una memoria de ese día. Era la memoria de una muerte joven, trágica. Recuerdo volver del funeral y recogiendo un huevo que se rompía. Saliendo de ese huevo era una vida nueva que desconocía los eventos del día. Más temprano ese día, la cría, con toda su fuerza, empezó a romper el cascarón, la única vida que jamás conocía.

De verdad no había una razón de romper el cascarón porque la cría había sido bien cuidada y todas sus necesidades cumplidas. Sin embargo, la cría siguió picoteando. Al principio, sólo había una grieta y después una segunda. Las grietas anticipaban una división y después un hueco. Por el hueco entró la luz más bella que la cría jamás había visto. Así que el picoteo continuó. Con persistencia continua, la cría dio vuelta dentro del huevo con sólo la fe de que una vida mejor existiera al otro lado.

Al partirse el cascarón exterior, la cría se estiró con la fuerza de Sansón. Poco a poco, el huevo se rindió en mi mano. Con las garras aferrándose a la parte mayor del cascarón, la cría dio un empuje final y estuvo libre. La fe ciega, sin fin trajo la cría de la seguridad del huevo a la inmensidad de un nuevo mundo.

La cría no tuvo ningún conocimiento de lo duro que la vida puede ser. Sólo conocía el brillo de la vida nueva y estaba lista, dispuesta y capaz de asegurar el futuro de mañana. Lo que eran lágrimas para mí era el rocío de la mañana a una cría sin adónde ir menos adelante.

Hemos tenido 10 años de incubar huevos. Aun así, para los de nosotros presentes hoy, hay un vacío. El futuro estará seguro, el acorralar del otoño continuará y el parto bovino de la próxima primavera nos traerá sonrisas a nuestros rostros. Sin embargo, la vida ya es diferente.

Si uno mira arriba a los cielos diáfanos de Dakota del Norte mientras esos aviones magistrales dejan sus caminos blancos como nieve en el cielo celeste y desaparecen por el horizonte, uno tiene que preguntarse cuándo de verdad seremos internacionales en nuestro ámbito. Alimentamos los unos a los otros, pero también causamos dolor los unos a los otros, lo cual de verdad es un desafío dentro de lo frágil de la vida.

Han pasado diez años, pero los sentimientos no se han desvanecido. Tenemos que recordar que todavía somos "una nación bajo Dios." Para todos los que todavía caminan por esta vida tan frágil y los que han dado sus vidas, debemos tener por seguro, aunque el caballo no se ensilló el 11 de septiembre de 2001, que hoy el caballo está ensillado.

La curación es buena y el tiempo ayuda. El perdón por fin permite cerrarse el último capítulo. Para todos los huevos que se han incubado en los últimos 10 años, todos sabemos lo que necesitamos hacer.

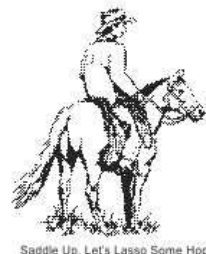
Así que, ensíllese y echemos el lazo a la esperanza. En nuestro mundo, la esperanza sostiene algo muy precioso. Ese algo muy precioso es nosotros. Al buscar entre los escombros físicos, espirituales y emocionales de los eventos del 11 de septiembre de 2001, debemos continuar a resolver a ordenar nuestras prioridades.

Al echar la última parte del heno a las vacas o reunir un becerro más que de alguna forma pudo pasar por la verja al ponerse el sol, mañana es otro día. Juremos que agarraremos una mano que nunca hemos dado antes, sonreiremos y esperaremos lo mejor a esa persona. Entonces el mundo de verdad será un lugar mejor.

Que encuentre usted todas sus marcas orejeras.

Sus comentarios siempre son bienvenidos en <http://www.BeefTalk.com>

Para más información, contacte a la oficina NDBCIA, 1041 State Ave., Dickinson, ND 58601, o vaya al <http://www.CHAPS2000.com> por internet.



Ensíllese, echemos el lazo a la esperanza